

conociéndolo sino en cuanto lo manipula y compone, lo cual requiere y supone que el objeto y el sujeto de la ciencia sean una sola cosa, confundido el orden real con el ideal: en lugar de decir con la antigua escuela, y con el comun sentir de los hombres, que las cosas las conocemos porque son, la letra krausista dice todo lo contrario, que sólo son porque las conocemos, atribuyendo al pensamiento no sólo la visión, sino la composición de la realidad absoluta con la condicionada; y no añaden la *creación*, porque esta palabra expresa un dogma cristiano que ilumina la verdadera ciencia, como el sol ilumina el universo, y en el panteísmo todo es confusión y tinieblas, abismo donde jamás entra la luz del sol:

*Es'ges Dunkel steigt herunter,
Sohne geht nicht auf, nicht unter.*



CAPÍTULO II.

SOBRE LA CIENCIA.

(CONTINUACIÓN.)

Pregunta. ¿Qué otro género de composición debe de considerarse en la ciencia?

Respuesta. «La ciencia es la composición de la presencia eterna del objeto con la *intimidad* que temporalmente va adquiriendo de dicha presencia el que conoce... 1.»

La palabra *intimidad*, usada en este pasaje, es lo que en alemán dicen *Innigkeit*, que significa *sentimiento íntimo*: así que el adquirir el sugeto la intimidad del objeto no significa otra cosa que irse sintiendo á sí mismo por la conciencia que va adquiriendo de sí en el tiempo: la idea de Hegel plagiada por Krause.

1 GONZÁLEZ SERRANO, *Elementos de Lógica*, Apéndice, página 358.

P. ¿Y llegará de esta suerte el que conoce á la adquisición de la ciencia total ó infinita?

R. «Conviene en este punto notar, que la ciencia, como un todo de composición real de la presencia del objeto con su percepción por el que conoce, requiere en plena *exigencia ideal* ser formada *mediante el conocimiento completo de todo lo esencial por conocer presente á la conciencia*. En tal sentido, sólo se concibe esta composición perfecta como una obra *infinita*, pues comprende todo el saber, que para el hombre, en cuanto sér finito, no tiene término, y además es una construcción que debe ser *cumplida según estas mismas exigencias sin límite ni imperfección alguna* ¹.»

Quiere decir el profesor krausista, que la ciencia idealmente considerada, la ciencia según el valor absoluto de esta palabra, es infinita, pues consiste en el conocimiento adecuado de lo infinito; mas porque el hombre es sér finito, jamás llegará á poseerla plenamente, sino á medida que el objeto *uno y todo* se vaya apareciendo á su conciencia. Más claro: la ciencia trascendental alemana no es otra cosa sino una como imitación ó parodia de la

¹ Ibid.

ciencia absoluta de Dios, en la cual el objeto conocido, el sugeto que conoce y el acto de conocer todo es uno, con unidad simplicísima. Los hombres no pueden tener esta ciencia, porque ni son el objeto de ella, ni pueden abarcar lo infinito con su inteligencia finita; pero como el panenteismo krausista los hace dioses, de aquí la contradicción en que este sistema incurre considerándoles por una parte como sugetos de la ciencia absoluta, y teniendo que confesar por otra que jamás la alcanzarán. «Se llaman á sí mismos dioses, dice nuestro Balmes; y así tienen razón en que en ellos está la fuente de verdad; pero como en su conciencia no hay más que una aparición de su divinidad, una sola fase del astro luminoso, no pueden ver en ella otra cosa que lo que se les presenta; y su divinidad, se encuentra sujeta á ciertas leyes que la imposibilitan para dar la luz que la filosofía le pide.» Tenemos que la ciencia de los discípulos de Krause es pura decepción, pues prometiendo al hombre que sabrá tanto como Dios, y diciéndole que tiene conciencia del mismo Dios, é identificándole con él, luego le desconsuela añadiendo que semejante ciencia es una *obra infinita* que el hombre no

llegará nunca á alcanzar. Y lo peor es, que como la ciencia sea para estos nuevos doctores la conciencia que temporalmente va adquiriendo el sugeto conocedor de la cosa conocida, y en Dios, sér infinitamente perfecto y eterno, no pueda concebirse semejante conciencia *subesiva*, claramente resulta que toda esta filosofía se reduce á despojar al verdadero Dios de la verdadera ciencia absoluta para atribuírsela al hombre en forma de seductora ilusión que le hincha de orgullo, y á un mismo tiempo le priva de la sabiduría que le es dado alcanzar en este mundo, á saber, el conocimiento de Dios obtenido con la luz de la fé y por lo que nos dicen de Él las cosas criadas, y el conocimiento de nosotros mismos, como obra de sus manos la más excelente y bella del mundo visible, en que están comprendidas como en breve suma y compendio todas las demás partes del universo.

P. ¿En qué se divide la ciencia?

R. «La ciencia podrá dividirse atendiendo á los diferentes aspectos según los que el objeto puede ser conocido, y los diferentes modos del conocimiento que de aquí nacen 1.»

1 CHAMORRO, *Psicología ó ciencia del alma*, lec. II, pág. 32.

Esta es la única división posible de la ciencia fingida por el panteísmo. Y á la verdad, la ciencia en general se divide, ó por razón de los objetos sobre que versa, v. gr., la Filosofía en Teodicea ó ciencia de Dios, Psicología ó ciencia del alma humana, etc.; ó por razón de los principios con que este objeto es conocido: así la Teología se divide en natural ó revelada, porque siendo como es uno é idéntico el objeto de ambas, podemos conocerle, y realmente le conocemos, bien por los principios de la razón, bien por medio de la revelación. Ahora, ninguna de estas dos maneras de división le consiente la lógica al panteísmo, porque como este profese el absurdo del objeto *uno* y *entero*, claro es que semejante unidad no puede componerse con la *pluralidad* de objetos ó miembros que supone la división; y como por otra parte reduzca el panenteísmo la ciencia á la intuición ó visión de la esencia *una* también y *entera* del objeto *uno* y *todo*, síguese asimismo que tampoco puede dividirla según la diversidad de su objeto considerado formalmente, ó sea en razón de la diversidad de principios con que puede ser conocido. No le queda, pues, otra razón para

dividir la ciencia, que los diversos modos que pone en el sér, ó lo que es lo mismo, según los diferentes aspectos y manifestaciones con que el sér: uno y entero se aparece temporalmente en la conciencia humana. Esta división es absurda, pero lógica, y á esto se reduce todo su mérito: ¡triste mérito ciertamente!

P. ¿No deberá atenderse en la división de la ciencia á los objetos particulares sobre que versa?

R. No, porque «sobre todo objeto particular de conocimiento pensamos el objeto, es decir, el objeto absoluto *de quien todo objeto determinado es particular manifestación*, á la manera que la vista de un miembro cualquiera nos revela y descubre desde luego el cuerpo de quien es particular miembro. Y en cuanto el objeto absolutamente pensado *contiene en su unidad y totalidad todo objeto como determinación del mismo*, todo conocimiento particular se resuelve también en aquel absoluto conocimiento ¹.»

Con esta respuesta justifica el profesor del Instituto del CARDENAL CISNEROS (!!!) las razones indicadas en la nota anterior. En efec-

¹ Ibid, pág. 37.

to, es ley de la división, que conste de miembros que recíprocamente se excluyan (*ut fiat per membra se invicem excludentia*): es así que en todos los objetos particulares que podemos considerar, se encuentra el sér uno y entero, ó como dirían los jurisconsultos, *in solidum*: luego lejos de excluirse los objetos particulares unos á otros en las divisiones que hiciéramos de ellos, al contrario, se incluirían los unos en los otros, ó mejor dicho, entre todos no harían más que uno; y siempre resulta que la unidad absoluta del objeto de la ciencia no admite división real, sino fenomenal y aparente, y por consiguiente la ciencia misma es indivisa é indivisible. O se posee la ciencia, ó no: el que ha llegado á adquirirla, todo lo sabe; el que no, no sabe nada. De aquí el alto concepto que los krausistas tienen de sí mismos, pues presumen, no sólo de iniciados, sino de aprovechados y consumados en la ciencia; y de todos los demás mortales tienen lástima, y los desprecian, porque áun sabiendo estos como saben muchas cosas, y aventajándose y sobresaliendo en muchas ciencias, en realidad no saben nada, no tienen *la vista compositiva del objeto absoluto*; son,

en suma, peregrinos en los dominios de la ciencia *una y entera*.

P. ¿En qué ciencias se dividirá, pues, la ciencia del objeto absoluto, en que todos los objetos particulares decís que se resuelven?

R. «Habrà, pues, una ciencia que se ocupe del objeto en sus puras determinaciones ó estados, en sus hechos, ciencia llamada *Historia*. Otra ciencia que estudie el objeto en la pura totalidad del mismo, en su pura generalidad, prescindiendo de las determinaciones, ciencia de lo *esencial genérico* en el objeto, ciencia de la *idea*, que se dice *Filosofía*; sin que ni la Historia ni la Filosofía desconozcan que el *hecho* y la *idea* no pueden darse abstractamente, es decir, fuera del objeto mismo pensado, el cual, en su *unidad total*, abraza esos dos interiores aunque opuestos aspectos; y finalmente, cabe todavía una ciencia compuesta del objeto, ciencia que relacione bajo la unidad del mismo objeto, sin la cual fuera imposible, la idea con el hecho, notando en el hecho la realización efectiva de la idea, á cuya ciencia, compuesta bajo unidad, se llama *Filosofía de la historia* ¹.»

Antes nos dijo el catedrático de Psicología

¹ Pág. 33.

de Madrid, que «la ciencia podrá dividirse atendiendo á los *diferentes aspectos* según los que el objeto puede ser conocido;» y ahora nos dice, que el objeto de la ciencia puede ser considerado, ó en los hechos que lo determinan, ó en su pura generalidad, prescindiéndose de sus determinaciones: resulta pues, que uno mismo es en ambos casos el objeto de la ciencia, indeterminado é ideal en la filosofía, determinado y real en la historia: *idea* y *hecho*. De cuya identidad se sigue, que los hechos son la misma idea realizada y determinada en ellos; que entre lo real y lo ideal no hay diferencia sino de modos; que todo hecho es un aspecto de la idea, y la Historia una expresión de la Filosofía. Pero la Filosofía, ciencia de la idea, estudia y considera lo absoluto, lo necesario, lo inmutable: la Historia, por el contrario, lo relativo, lo contingente, lo mudable: luego una de dos, ó el objeto de la Filosofía no es el objeto de la Historia, y entónces resulta falso el principio pantéístico de la unidad del objeto de ambas; ó es uno mismo, y he aquí en tal caso á los discípulos de Krause estrellándose en el absurdo de un objeto absoluto-relativo, necesari-

rio-contingente, é inmutable que se muda. ¿O es que la *idea pura*, objeto de la Filosofía, lo *esencial genérico*, el objeto en su *pura totalidad*, en su *pura generalidad*, es pura nada, y mera ilusión la Filosofía que lo estudia; y que sólo el conocimiento de los fenómenos ó hechos contingentes á que el krausismo da el nombre de *historia*, es lo único real? En esta conclusión viene á parar el panteísmo, especie de positivismo paliado, que más ó menos tarde se ofrece al mundo en toda su ignominiosa desnudez.

En cuanto á la unión de entrambas ciencias, la Filosofía y la Historia (es de advertir que la historia no es ni puede ser ciencia, pues su objeto son las acciones *libres* del hombre), en la llamada *Filosofía de la historia*, se comprende bien lo que esto quiere decir. Todo lo ideal es real, dice Hegel; mas la idea que contiene toda la realidad á modo de gérmen, se desarrolla sucesivamente en el tiempo por medio de los hechos. Así, el filósofo que en los sucesos históricos contempla el movimiento progresivo de la idea, ó que de la misma idea saca *à priori* todo lo que necesariamente tiene que acontecer durante el curso

de una duración sucesiva é indefinida, posee verdaderamente la Filosofía de la historia y la Historia de la filosofía. ¿Qué diremos á esto nosotros, á la luz de la sana razón y de las enseñanzas divinas que ilustraron la mente de San Agustín y Bossuet, fundadores de la verdadera Filosofía de la historia? Lo que decimos, es, que la Filosofía de la historia panteística con todos sus ideales y desarrollos, con su progreso indefinido, con sus tésis, antítesis y síntesis, con su férrea ley del destino, que despoja á las acciones buenas de su belleza moral, y á las malas de su horrible deformidad, al alma de su inmortalidad, á la conciencia de toda luz, negando, en fin, la justicia y la providencia de Dios, ni es Historia ni Filosofía, sino mera fantasmagoría, delirios de cerebros enfermos, *sicut aegri somnia*.

P. ¿Qué es lo que pide el puro fin de la ciencia?

R. «La *independencia del pensamiento* 1.»

El puro fin de la ciencia no pide ni puede pedir la independencia del pensamiento; y la

1 Advertencia, pág. 5.

razón es, porque tal independencia es absurda, y lo absurdo no lo pide, sino lo aborrece la ciencia, engendrada de la razón humana. ¿Por ventura no hay para el entendimiento humano regla alguna á que deba someterse? ¿es acaso él mismo su propia ley? ¿la verdad la saca de sí mismo, ó tiene que conformarse con ella para alcanzarla? Pues, ¿y de la lógica es independiente el pensamiento? ¿y de las leyes de la honestidad?... Pero ahora caemos en que la independencia del pensamiento que pide el puro fin de la ciencia (panteística), quiere decir que «la razón humana es el único juez de lo verdadero y de lo falso del bien y del mal, con absoluta independencia de Dios ¹.» Pero sigamos oyendo á los textos vivos.

P. ¿Qué bandera han levantado los grandes hombres á quien debemos seguir en el camino de la ciencia?

R. «La bandera del libre exámen ².»

¿Quiénes son esos hombres grandes que le-

¹ Prop. III del *Syllabus*.

² Introduc., pág. 8.

vantaron esa negra bandera? ¿Por ventura los Krause, Tiberghien y Sanz del Río? Pero al primero apenas le conocen en su misma patria; el segundo es un mero satélite de Krause; y el último, otro satélite de luz no menos siniestra, en la cual se ha encendido la llama de la rebelion que abrasa el entendimiento de parte de la juventud española. No es esa bandera la que lleva escrita como lema la humildad y sumisión de la ciencia á la verdad revelada y á la Iglesia, *scientiae religiositas*; la que levantaron siempre los verdaderos gé-nios, Agustin y Tomás de Aquino, Leibniz y Bossuet, Copérnico y Keplero, Balmes y Sanseverino, entre tantas otras estrellas de primera magnitud como se ofrecen á nuestras miradas en el horizonte de la ciencia, ilustrada siempre por la fé.—No acertamos por otra parte á comprender, que los partidarios del libre exámen enseñen, que debemos seguir á sus maestros en el camino de la ciencia: ¿cómo se concilia semejante deber con la independencia del pensamiento?

P. ¿Por ventura de entre las sociedades religiosas, á que dan el nombre de *iglesias*, no

hay ninguna que nos enseñe infaliblemente la verdad?

R. «*Toda Iglesia*, por oscuro é incierto que su origen sea, pretende levantar sobre las otras su *orgullosa cabeza*, creyéndose único órgano de la verdad divina, y por ende la destinada del cielo á iluminar la conciencia y dirigir los pasos de la mísera humanidad terrena ¹.»

Toda Iglesia, dice terminantemente el profesor del Noviciado, y por consiguiente la Iglesia católica, acusada implícitamente y vilipendiada por el gran delito de ser y tenerse por órgano único de la verdad divina, y destinada del cielo á dirigir á los hombres; pero no advierte el Sr. Chamorro, que tan extraña acusación se parece mucho á la que dirigieron á Jesucristo los judíos por haber confesado ser Hijo natural de Dios vivo. Sí: la Iglesia católica viene enseñando al mundo, que fué fundada por Dios, y que ella sola posee la verdad, y que permanecerá hasta el fin de los siglos: ¿qué tiene que decir en contra el Sr. Chamorro? ¿de qué

¹ CHAMORRO, *Ciencia del alma*, introduc., pág. 9.

error ni pecado podrá argüirla? Condénala por orgullosa; pero ¿cuándo fué orgullo confesar los dones recibidos del cielo? No los confiesa ciertamente la Iglesia por vana ostentación, sino para dar testimonio á la verdad que libra á los hombres del error y del vicio, y les conduce al cielo. ¡Cosa extraña! acusan á la Iglesia de orgullo, porque deriva de Dios su sér y todos los dones que ha recibido, los mismos que se glorían en sí propios como si nada hubieran recibido de Dios, como si ellos fueran verdaderos Dioses.

P. ¿No habremos de reconocer alguna diferencia de la Iglesia católica, regida por el Romano Pontífice, sucesor de San Pedro, á las otras Iglesias y religiones en orden á la posesión y enseñanza de la verdad?

R. La verdad «*ni es patrimonio exclusivo de ningún hombre ni de ninguna sociedad*, si quiera ese hombre se llame el *Romano Pontífice* y esa sociedad la *Iglesia católica*. Pasaron ya los tiempos de los *oráculos* y de las *sibilas*. Dios *no puede violar su naturaleza poniendo la verdad en depósito de determinada religión positiva*. La verdad sólo se alcanza mediante el libre y sostenido esfuerzo del espíritu, y Dios la revela siempre sin distinción de razas, ni

de cultos, ni de tiempos, al que más se acerca á él por su propio trabajo y esfuerzo. Dios habla con todos y cada uno en la conciencia, si bien no siempre es por todos escuchado, y el hombre puede en este sentido llamarse un *revelador*, en cuanto comunica á los demás la voz de Dios en la conciencia 1.»

En este pasaje la blasfemia procede á la par con la ignorancia en tales materias, si es que por ventura no es hija de ella: *quod ignorant, blasphemant*. El profesor de Madrid ni siquiera ha advertido, tratando como trata de la verdad de la ciencia, que ni la Iglesia ni el Romano Pontífice han pretendido jamás poseer como patrimonio exclusivo las verdades que ella atesora; todo lo contrario, siempre han atribuido á la ciencia y á la razón que la produce, jurisdicción propia, dominios que pueden recorrer libremente aumentando de un modo progresivo ese tesoro, con tal que no

1 Estas y otras especies *ejusdem furfuris* las escribió el profesor del Instituto del Noviciado D. Eusebio Ruiz Chamorro dirigiéndose en son de protexta al Gobierno de Don Alfonso poco tiempo despues de la restauración, por haber éste resucitado los *abominables procedimientos* (sic) con que otros Gobiernos habían tratado de coartar *la libertad de la ciencia*, ó sea la enseñanza del racionalismo y del panteísmo en las escuelas cristianas.

admitan como verdades asertos contrarios á la fé. «No sólo no se opone la Iglesia, dice el Concilio Vaticano, á la cultura de las artes y disciplinas humanas, sino verdaderamente las cultiva y fomenta por muchos modos... Ni tampoco prohíbe la Iglesia que este género de disciplinas hagan uso, cada cual en su esfera, de sus respectivos principios y método; sino *reconociendo esta justa libertad*, sólo procura diligentemente que no admitan el error resistiendo á la divina doctrina, y que no entren ni perturben los dominios de la fé, traspasando los propios límites.» Aun en los mismos dominios de la fé, hay verdades cuyo conocimiento no niega la Iglesia, sino antes confiesa que puede ser alcanzado y poseído por la razón, y que de hecho alcanzaron y poseyeron los mismos sabios gentiles: *Quaedam vera, quae vel divinitus ad credendum proponuntur, vel cum doctrina fidei artibus quibusdam vinculis colligantur, ipsi ethnicorum sapientes, NATURALI TANTUM RATIONE PRAELUCENTE, cognoverint, aptisque argumentis demonstraverint ac vindicaverint* 1. Pues si en cosas

1 Enciclica *Aeterni Patris*.

tocantes á Dios no dice la Iglesia, que la verdad sea patrimonio exclusivamente suyo, salvo cuando versa sobre misterios inaccesibles á la luz de la razón, ¡cuánto menos habrá de decirlo en orden á las cosas de este mundo y á los principios en que estriban las ciencias del orden natural! Es, pues, verdadero sofisma (*ignoratio elenchi*) el que usa contra la Iglesia el profesor de Madrid diciendo que la verdad no es patrimonio de la Iglesia católica.

¿Pues qué diremos de la temeridad con que el mismo profesor niega á Dios el poder, que no ya sólo el acto, de revelar verdades? ¡Y esta blasfemia profiere quien no teme decir que el hombre *puede llamarse un revelador!* ¡Con que el discípulo de Krause puede comunicar á los demás *la voz de Dios*, que se imagina oír *en la conciencia*, y no podrá el Verbo divino comunicar la verdad que ve en el seno del eterno Padre! A todos nos es dado manifestar á otros por medio de la palabra lo que pasa en nuestro interior, ¡y Dios carecerá de este poder!

P. ¿Qué debemos, pues, pensar de la ad-

hesión del fiel al principio de autoridad?

R. Que «es un género de *servidumbre* tanto más *vituperable* y *baja* cuanto tiene más de voluntaria y consentida ¹.»

Nadie llamó jamás servidumbre al acto con que asentimos al testimonio de alguna persona sobre hechos que han pasado á su vista; antes agradecen todos ser instruidos en muchas cosas que por sí mismos no han podido ver ni presenciar: todo lo que enseñan la historia y la geografía, por ejemplo, descansa en el ajeno testimonio, y supone el asentimiento debido á la autoridad: ¡sólo cuando se trata de Dios, que nos enseña, es servidumbre el creer, bajeza el aprender, sublime dignidad la ignorancia!

P. Fuera de lo que nos enseña vuestra ciencia, ¿hay más que saber?

R. No: «la ciencia es el todo del conocer ².»

No, dice por su parte la sabiduría cristiana, «porque fuera de aquellas cosas cuyo cono-

¹ *Psicología ó Ciencia del alma*, por D. EUSEBIO RUIZ CHAMORRO, introducción, pág. 10.

² GONZÁLEZ SERRANO, *Lógica*, apéndice, pág. 373.

cimiento puede alcanzar la razón natural, propónense á nuestra fé misterios escondidos en Dios, los cuales no pueden ser conocidos sino es merced á la divina revelación ¹.» La falsa ciencia de los krausistas no *conoce* tales misterios; y he aquí que en su ceguera voluntaria los niega sin rubor: ha roto con sus propias manos el telescopio de la fé, y no percibe las maravillas de Dios en el firmamento de la Religión, adonde no llega la simple vista. El materialista dice: «Yo no veo el orden de las verdades inteligibles: luego no existen.» Y es que mide la verdad con sus sentidos. Por su parte el racionalista: «Los misterios cristianos no son objeto de la ciencia: luego no pueden ser conocidos, porque *la ciencia es el todo del conocer.*» El argumento es el mismo de que usa el positivismo: solo aquello que yo conozco, puede ser conocido: no existe ni puede existir sino lo que veo con los ojos de la carne, ó con los de la razón. Pero el ojo criado es finito, y la realidad infinita: ¿cómo ha de abarcarla vuestra ciencia?... Ciencia por

¹ Concilio Vaticano, Constitución dogmática sobre la fé católica, cap. iv.

otra parte circundada de las tinieblas del orgullo en los positivistas, además de las que envuelven al hombre animal, y en los krausistas de las que nacen del fondo oscurísimo y vacío del yo indeterminado de donde sacan su ciencia, vana, *una y entera.*

